

¿Un díptico de María Zambrano? Ortega y Croce

Gabriele Blundo Canto

Gabriele Blundo Canto es profesor titular de Filosofía, Psicología y Ciencias Sociales. Especialista en filosofía española, ha trabajado sobre Unamuno y en la actualidad sobre María Zambrano, prestando una especial atención a las relaciones entre Benedetto Croce y los intelectuales españoles del siglo XX.

Un escrito inédito de María Zambrano

En el ambiente crociano italiano se conoce un único artículo publicado por María Zambrano sobre Croce. Por supuesto, ella escribió mucho sobre Ortega durante el período romano de su exilio,

época en que acudía muy a menudo a casa de Elena Croce. Grande fue mi estupor al encontrarme un interesante inédito de esta autora titulado *Ortega y Croce*, catalogado como M-270 en los archivos de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga.

De repente surgió la hipótesis que aquí voy a comprobar: ¿quiso Zambrano montar algún díptico para el secreto altar de sus maestros?

Consideremos, pues, aquí dos tablas doradas, pintadas por el mismo pincel. En la primera, la imagen de Croce posa sobre el fondo de las callejuelas de Nápoles, bajo la grandiosidad del Vesuvio. En la segunda —que se quedó en el taller de la pintora—, Ortega destaca sobre un Madrid vacío rodeado por el desierto. El esquema es igual, igual la perspectiva. Una simetría perfecta. Y fijémosnos en lo más impresionante: estos dos iconos se parecen, tienen algo similar, quizá paternal. En medio del díptico podría surgir ahora, mientras nos atrevemos a montarlo, la imagen de don Blas Zambrano paseando por otra ciudad, Segovia, bajo el acueducto, dándole el brazo a Antonio Machado, como su hija se lo habría dado años después cruzando la frontera. Quizá María Zambrano reconstruyó con Croce algo que Ortega le había denegado. Porque cuando algo se rompe, ya es sabido que de alguna manera se tiene que arreglar, o completar. O simplemente borrar y volver a diseñar.

En casa de Elena Croce

La más completa y fiel cronología de la vida y de las obras de María Zambrano, a la que me refiero, recopilada por Jesús Moreno Sanz en *La razón en la sombra* (1993), no atestigua ningún encuentro directo entre María Zambrano y Benedetto Croce. Después de la derrota republicana, María Zambrano cruzó la frontera francesa el 28 de enero de 1939 con su madre y su hermana Araceli, al mismo tiempo que Antonio Machado con su madre y demás familia. Más tarde, con su marido, el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave, que había regresado con ella de Chile en 1937 para participar en la resistencia republicana, vuela por segunda vez hacia Centroamérica, donde residió hasta la noticia del fallecimiento de su madre, en 1946. Durante su ausencia, su hermana Araceli vivió un drama que la marcó para siempre: el encarcelamiento de su segundo marido Manuel Núñez por parte de los nazis, en cuanto responsable del sistema de las cárceles de la España republicana, y su posterior extradición y fusilamiento. Desde el momento de su vuelta a Europa, María Zambrano no se separará nunca más de su hermana hasta la muerte de ésta. La influencia de esos acontecimientos sobre la obra de Zambrano es de una importancia insoslayable.

Después de su llegada a Roma con su hermana Araceli en 1953, de vuelta de otro largo período en Cuba, Zambrano participa en las reuniones de los más destacados círculos intelectuales de la capital italiana. Fue en el famoso café Greco de Via Condotti, donde apuntó unas cuantas intuiciones y esquemas gráficos que ella misma llamó *Cuadernos del Café Greco* y que solo en parte confluyeron en su obra más madura. Los intelectuales españoles exiliados se encontraban en el mismo café Rosati, donde se reunía el círculo de Alberto Moravia y de su entonces esposa Elsa

Morante, que se inspiró en la dolorosa historia de Araceli para su novela homónima. El libro de Elsa Morante se aclara a la luz de la correspondencia inédita desde la cárcel entre Araceli y Manuel Núñez, que atestigua día a día el cumplimiento de su tragedia. Entre las relaciones italianas de María Zambrano se encuentran, en primer lugar –además de las hermanas Croce–, Elémire Zolla y Cristina Campo, que trabaron con Zambrano un fuerte vínculo de amistad. En el café Canova, Zambrano conoció a Giacomo Natta, Massimo Piazzola, Piero Calvaresi (que fue médico de Araceli), y Natili, primo de Claretta Petacci.

Pero fue en casa de Elena Croce donde se creó una de las más interesantes conjunciones entre intelectuales italianos y exiliados españoles. Fue allí donde María Zambrano encontró al joven sacerdote valenciano Agustín Andreu Rodrigo. Nada más llegar a Roma para perfeccionar sus estudios teológicos en el Pontificio Istituto Orientale, Andreu busca sus compatriotas exiliados, y a través de la mediación de una pianista española llega a casa de Elena Croce. En la memoria del teólogo ha quedado vivo el recuerdo del ambiente intelectualmente solidario que se respiraba en casa de Elena Croce. Entre los exiliados que Zambrano encontrara en Roma recordamos a Jorge Guillén, Rafael Alberti, Alfonso Roig, Enrique de Rivas, Ramón Gaya, Diego de Mesa, Alfredo Castellón, Tomás Segovia, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, Alfonso Costafreda. La amistad con Elena y Alda Croce representó para María Zambrano un constante punto de referencia en su difícil condición de exiliada. Con Elena inició una relación de colaboración que llevará Zambrano a gestionar la sección de literatura española de la revista *Botteghe Oscure*, y también a fundar y a codirigir los *Quaderni di pensiero e di poesia*, en los cuales aparecerá en 1960 el primer esbozo de su reflexión sobre los sueños, o sea, sobre la estructura metafísica de la vida humana, cuyas siguientes etapas serán *El sueño creador* (1965) y, por fin, *Los sueños y el tiempo*, publicado póstumamente, en 1992, por Jesús Moreno Sanz.

Zambrano vivió en sus años romanos una etapa de extraordinaria fecundidad intelectual.

Elena Croce tuvo oportunidad de prestar una considerable ayuda en agosto de 1964, en el momento de la expulsión de las hermanas Zambrano de Italia, debida a la denuncia de un vecino, se dice que con motivo de la impresionante cantidad de gatos que éstas tenían en la casa donde vivían. Agustín Andreu dice que en realidad detrás de esto había quizás alguna motivación política, ya que la presencia de Zambrano en Roma dirigiendo una revista que se llamaba *Botteghe Oscure* (y que en realidad nada tenía que ver con el PCI) no era algo que gustase a ciertos sectores de poder, posiblemente a la Democracia Cristiana. La intervención de Elena Croce y del hijo del presidente de la República Saragat –que sacaron al presidente de una reunión del Consejo de Estado– paralizó el procedimiento; pero las hermanas Zambrano dejaron en todo caso Italia al mes siguiente para trasladarse a la zona del Jura, a caballo entre Francia y Suiza. Tiempo después, Alda y Elena Croce se pusieron en movimiento obteniendo para sus amigas españolas la villa de Torre del Greco (llamada La Ginestra, en razón del celebre poema que Leopardi escribió allí cuando era huésped de su amigo Ranieri). La villa, que está en el camino que desde Nápoles remonta hacia el Vesuvio, hubiera sido ideal para la salud de Araceli, pero su muerte puso la palabra fin a este proyecto tan bello para el cual ya había dado su *placet* el *Comitato Italiano per la Conservazione dei Monumenti* que a la misma Araceli le concediera la dirección de la casa-museo.

María Zambrano, después de unos meses en el Jura, en la casa de La Pièce, y de un viaje a Grecia con su amigo Timothy Osborne, pasará, gracias a éste, el año 1973 en Roma en un ático muy cercano al Campo dei Fiori, donde quemaron a Giordano Bruno, en sufragio del cual ella hizo decir alguna misa en la cercana iglesia de San Giovanni Decollato.

Las cartas de Alda y de Elena Croce están todavía en los archivos de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga. Interesantes, en las cartas de Elena Croce, son las «lamentaciones» por un cierto inmovilismo de la cultura italiana, al que correspondía, por otro lado, su incesante actividad organizativa y editorial, que tejía puentes de intercambio intelectual y de solidaridad entre culturas y experiencias distintas, en la base de las cuales había como rasgo común la experiencia del dolor

(la guerra, el exilio) y la búsqueda de sentido histórico y espiritual que el sufrimiento siempre reclama. De Elena Croce, que fue también, como su padre, destacada hispanista, Zambrano tuvo en su biblioteca *Lo specchio della biografia, Romanticisti tedeschi, L'infanzia dorata, In visita, La patria napoletana, Il romanticismo spagnolo*.

Zambrano, en los años romanos, vive una extraordinaria etapa de fecundidad intelectual que le hará escribir algunos de sus textos más conocidos, como *El hombre y lo divino* (primera edición, 1955), *Persona y democracia* (1958), *La España de Galdós* (1960) y *La tumba de Antígona* (1967), mientras que será incesante su colaboración en publicaciones periódicas. Entre las revistas italianas, María Zambrano escribirá en *Tempo presente, Paragone* y *L'approdo letterario*. Mucho más numerosos son los artículos publicados en el mismo período en revistas españolas, francesas y de Suramérica. También fueron muchos los artículos que dedicó a Ortega en el año de su muerte (1955).

Los de Italia son también años en los que María Zambrano renuncia a cualquier tipo de dedicación académica, aparte de unas pocas conferencias de tema orteguiano (ha quedado en los archivos una breve carta de Carlo Bo donde le pide una conferencia, nunca dada, sobre Ortega y Unamuno). El interés ético es central en esta etapa del pensamiento zambraniano, entrecruzándose con lo antropológico-teológico que caracterizará la fase siguiente, o sea, el período pasado por Zambrano en Suiza entre 1964 y 1984, año de su vuelta a España, acompañada por Jesús Moreno Sanz.

De fundamental importancia para comprender esta etapa intermedia de los 70 es la correspondencia con Agustín Andreu, recientemente editada (*Cartas de la Pièce*, 2002), que ha dado una nueva luz a la espiritualidad zambraniana.

Benedetto Croce, filósofo de la ciudad

El conocimiento de Croce tuvo que ser mediado, pero de primera mano: las hijas de Croce, como hemos dicho; las obras de Croce, de las cuales hay varios ejemplares en la biblioteca personal de Zambrano; la fama de Croce como filósofo liberal, que había recorrido toda Europa ya antes de los años de su madurez y de la conclusión de su sistema. De Benedetto Croce poseía Zambrano varias obras, el *Saggio sullo Hegel, Teoria e storia della storiografia, Nuovi Saggi, La filosofia di G. B. Vico*, pero lo que por cierto leyó y la apasionó fue *La poesia* (que lleva sus anotaciones autógrafas) y la *Estetica*.

Junto con el inédito *Ortega y Croce* se guardan también unos esquemas («Croce», del 20 de agosto de 1970 y «Libertad y forma en Croce», sin fecha) que atestiguan la atención dedicada por Zambrano a la *Estetica* de Croce y a su teoría de la poesía, especialmente respecto al tema de la libertad supratemporal del espíritu que se revela e irrumpe en la intuición creativa. Del mismo modo es interesante otro fragmento, quizá para el *Ortega y Croce*, sobre el tema del distinto estilo de escritura en la filosofía tradicional y en los más modernos «filósofos de la vida» (Nietzsche, Ortega).

Es cierta la fortuna que tuvo en España la *Estetica* de Croce, y su influencia en autores como Menéndez Pelayo, que compartió su génesis y se quedó admirado, y sobre Unamuno, que puso prólogo a la traducción española. La atención que Zambrano dedica al tema de la intuición la llevará no solamente a asociar muy a menudo Croce, Bergson, Ortega y Nietzsche en una única «constelación» como «filósofos de la vida», sino también a definir la razón crociana como razón crítico-poética. La inversión de los adjetivos sería más correcta, por lo menos con respecto a Croce, mientras que conviene perfectamente a Zambrano. Una cierta influencia de la lectura de Croce se podría suponer por lo que respecta a la elaboración por Zambrano del concepto de «conciencia histórica» con el que se abre *Persona y democracia* (1958).

El único texto de Zambrano enteramente dedicado a la figura de Benedetto Croce apareció, en español, en la *Rivista di Studi Crociani* en 1967 («Algunas reflexiones sobre la figura de Benedetto Croce»), un año después de la celebración del centenario del nacimiento de Croce. El *incipit* retoma *El pensamiento vivo de Séneca* (1944), con la metáfora de la constelación, y es significativo para comprender cómo el Croce de Zambrano llega a representar una «figura» en el ámbito

de una original idea de tradición, según la cual en las oscuras épocas de crisis, los auténticos filósofos se transforman en fuentes de luz aportando, heideggerianamente, un «espacio abierto» a la circulación de las ideas, un nuevo orden en el cual elementos hasta entonces confundidos adquieren sentido y medida, porque revelar es medir. La acción reveladora del filósofo, del cual ya se sentía la ausencia, se vuelca sobre los hombres que llegan, a través de ella, a una nueva posibilidad de comprensión y de acción. El tema de la revelación llega a Zambrano desde el *Islam* de Corbin y de Massignon, autor descubierto en el decisivo año de 1955, y que ella definirá como su último, quizá único, maestro y del cual tuvo que leer los *Essais sur les origines du lexique technique de la mystique musulmane*, *Opera Minora*, *Le diwan d'ál-Hallaj*, *Parole donée*, y *L'Herne*. No tuvo que ser casual para Zambrano que la muerte de Ortega llegara en aquella misma temporada, después del descubrimiento de otro maestro.

Es propio de ese firmamento filosófico atraer y dirigir hacia sí, activando, a la manera del motor aristotélico, un movimiento de apertura. Sin esto no sería posible ningún orden, y el hombre quedaría sujeto al temor de potencias invisibles. Las crisis llevan consigo la alteración o incluso la desaparición del horizonte histórico, determinando «épocas de catacumbas» en las que la verdad parece eclipsarse. El pensamiento creativo de figuras como Benedetto Croce aclara, con su diafanía, un nuevo horizonte, gracias a la virtud de la fidelidad en la que consiste el ejercicio de la libertad realmente vivida.

Con su crítica a Hegel, Croce manifiesta la historicidad de la persona, sin que ésta quede asumida o subsumida por la objetividad o por la idea en camino.

La libertad vivida y no solo pensada, permitió al joven Croce despegarse del magnetismo del polo hegeliano sin incurrir, sin caer, en la contrafigura o en el reflejo o en la materialización (ARBC, pág. 442).

En Croce se manifiesta, según Zambrano, una unidad profunda entre vida y obra, que nos muestra al filósofo libre de cualquier narcisismo. La fidelidad a su propia misión como expresión más alta de su libertad, eterniza a Croce también después de su muerte actualizando su presencia. Aquellos que se dejan llevar por el narcisismo no pueden ser filósofos porque, bajo el peso de su vanidad, no consiguen colocarse en el delicado punto de equilibrio entre la soledad del ejercicio filosófico y la llamada de la historia, el recogimiento del pensamiento y la necesidad de aparecer delante de la ciudad de los hombres.

Y la figura de Benedetto Croce aparece compareciendo en todo instante ante la Ciudad, en esa ciudad de la tradición mediterránea que es primeramente la ciudad en que se vive. Una ciudad diáfana que manifiesta la patria, el mundo (*ibid.*, pág. 444).

Ese modo de habitar la ciudad haciendo de ella al mismo tiempo un todo y un centro desde el cual se actúa, es para Zambrano esencial al gran proyecto de la filosofía, sin el cual un filósofo no puede definirse como tal (*Croce y el gran proyecto de la filosofía* es el título de uno de los esbozos de este artículo). El pensamiento, de hecho, no puede limitarse a conformar la vida individual, sino que por su tensión universal se dirige a un mundo, «crea un mundo revelándolo». La filosofía no ha sido otra cosa que el gran intento de conformar el mundo habitado por el hombre en función del pensamiento, proyecto que implica como raíz y como última finalidad a la libertad.

Croce evitó en todo momento este absolutizarse de lo humano y de la libertad que según su pensamiento, mantenido con esa alta fidelidad ya señalada, es su manifestación privilegiada, reveladora (ARBC, pág. 444).

Croce se pone en el punto ideal de equilibrio de la libertad humana, a partir del cual el hombre puede habitar y trazar una órbita, el «mundo». El lugar de la filosofía de Croce se alcanza a través de una incesante disciplina que, si faltara, podría causar la ruptura y la pérdida. Se trata de «un punto no de apoyo, sino de continuo encuentro» que Zambrano explica con una imagen extraída de la física cuántica.

Una tensión que se condensa a fuerza de continuamente reiterarse como les sucede a los cuerpos visibles según las teorías de la Física moderna, concordes todas en disolver o reducir la materia a esa energía que se sucede a si misma (*ibid.*, pág. 445).

El pensamiento de Croce es un pensamiento encarnado en la vida, caracterizada, como su obra, por la unidad y la multiplicidad de acción, por una soledad fecunda que se abre al diálogo con la ciudad. El hecho de que su alto magisterio no se haya cumplido dentro de las universidades ni en ningún otro organismo docente sitúa a Croce en el gran cauce socrático de la filosofía mediterránea, más cercana a la plaza que a la Academia, filosofía que provoca y se ofrece a todos en medio de la ciudad, ya antes de la llegada de un público. La relación entre Benedetto Croce y Nápoles se transforma para Zambrano en el emblema de las indisolubles nupcias entre el filósofo y su ciudad, que se eleva a paradigma de la más extendida *Ciudad* democrática, como si Croce se hubiera hecho cargo de la ciudad para elevarla hasta el conocimiento, y al mismo tiempo llegar a su propio pensamiento a partir de ella y con ella. No casualmente Croce empieza su recorrido con trabajos de investigación histórica de tema napolitano.

La simbiosis con una de las ciudades más complejas del Mediterráneo, múltiple por su natura social e histórica lleva a la razón crociana a volverse razón que circula reuniendo la pluralidad de las soledades, en las dos dimensiones indicadas por Platón para la filosofía: la reflexión, «el diálogo silencioso del alma consigo misma», y su apertura hacia los otros. Para Zambrano, lo esencial del diálogo no es la inmediatez de la respuesta, sino su posibilidad activa, su llamada que el tiempo presente no agota. La autoridad del filósofo crea y mantiene la ciudad, porque la ciudad no es otra cosa que el resultado de una convocación, de la apertura de un diálogo: allí donde hay diálogo hay ciudad.

Comunicando su conciencia histórica, Croce se opone de manera firme al mito del imperio propugnado por el fascismo, facilitando un espacio alternativo a las concepciones relativas. Para cada filósofo la historia representa –según Zambrano– el lugar de la prueba. En tal prueba la figura de Benedetto Croce emerge en toda su diafanidad moral, en la que subsiste una profunda armonía entre las dimensiones privada y pública, sin fracturas, en una vida que, nutriéndose de intimidad, se da al público generosamente, desplegándose, corrigiéndose, en función siempre de la ciudad en el sentido tradicional, de la *polis* mediterránea universal por definición y además por destino. Por eso la figura de Croce aparece para Zambrano como «el cumplimiento de un destino personal, cívico, universal y concreto» (*ibid.*, págs. 448-449).

El sujeto Croce se despliega y se objetiva plenamente en su vida y en su obra, dando lugar a lo que Zambrano define como presencia histórica. Y la presencia histórica es, como la misma historia, *movimiento*, que la muerte no cierra.

Mas no al modo como la usada metáfora del río sugiere, sino al modo en que las variaciones de la luz a través del tiempo modelan una figura que se le ha entregado, que se ha remitido a ella (*ibid.*, pág. 449).

Si el tiempo, pues, no fuera revelador, ocultando y descubriendo, no existiría la historia. El tiempo revelándose (es una idea de clara ascendencia islámica) se muestra aliado de la luz, midiendo la grandeza de cada cosa, mostrado a su vez las luces y las sombras. Esto hace que las figuras que alcanzaron la presencia, que llegaron al nivel de la historia, sean vistas de manera diferente según las distintas situaciones en las que se van presentando. Mas, lejos de quedar por esto aisladas respecto al transcurrir de las situaciones, las miden a su vez; las revelan.

Ortega y Croce En uno de sus más conocidos escritos autobiográficos, titulado *A modo de autobiografía* (1989), María Zambrano, para explicar quién ha sido, con sutil ironía recurre a un expediente platónico-kantiano. Dando por cierto que cada cosa no es lo que parece, sino lo que queda bajo la negación fenoménica de las apariencias, contesta a la pregunta «quién soy» diciendo todo lo que no ha sido y que le habría gustado ser. Quizá ese método ella lo

aplica también a los demás en el momento de recuperarse de la decepción de la realidad humana que muy a menudo no coincide con su ideal. Quizá, en este sentido, la imagen de Croce que acabamos de delinear le haya servido como modelo para este segundo retrato del que vamos a hablar. Si las tintas se parecen, cambia un poco la luz: ya no es la luz deslumbrante de Nápoles, sino una luz melancólica y gris, de un lugar donde todavía no había llegado una *Liberazione*. Destaca una punta de tristeza, que se transforma en la nota dominante. Es posible que, para pintar ese cuadro de Ortega, Zambrano haya vuelto la mirada a otro retrato pintado hace años, el de su Séneca, con todo su carga de riqueza ideal y, luego, de resignación.

Alrededor de 1970, pocos años después de la publicación del artículo sobre Croce, María Zambrano concibe la idea de un escrito titulado *Ortega y Croce*. Asombrosamente y a pesar del título, el largo borrador, precedido por unos esquemas, trata en realidad de Croce sólo en las primeras páginas, y está dedicado en su mayor parte a una exposición del recorrido de Ortega, visto, o mejor dicho *imaginado*, por su más atenta discípula. Y que por *imaginado* se entienda aquí algo que pertenece a aquel *mundus imaginalis* y verdaderamente real, intermedio entre la razón y los sentidos del que habla Corbin, donde cada realidad es restituida a su *imán*, o quizá a aquel destino que en la historia, según Zambrano, alcanzan sólo los «bienaventurados» o los que llegan a coincidir con su propio «ángel» o, dicho a la occidental, con su esencia.

Esencialmente el texto parece especular respecto al artículo de 1967 y constituye la otra parte del díptico. Se puede sugerir la hipótesis de que Zambrano pensara componer este nuevo trabajo reutilizando y ampliando el texto editado en Italia.

Han pasado tres años, María Zambrano ha dejado Italia y se encuentra ahora en La Pièce. En el aislamiento montañés medita sobre la desaparición de los dos maestros, el de España y el de Italia, o quizá de todos los maestros, y se pregunta si en el mundo actual es todavía posible la existencia de filósofos, cuestión que podría implicar también una duda personal sobre el sentido o el cumplimiento de su propia vocación. Esa duda es paralela a la que se plantea sobre la subsistencia de la ciudad, ya que, como había escrito respecto a Croce, sólo cuando hay diálogo, o sea filosofía, puede darse la ciudad en cuanto «convocación». El filósofo continúa siendo definido como aquel que comparece delante de la ciudad. Y, no por casualidad, María Zambrano, en los años de La Pièce, empezaba a buscar su ciudad, la ciudad en la que comparecer, creando alrededor de sí un reducido y selecto número de discípulos españoles, que constituyeron con su presencia casi una anticipación de aquella ciudad a la que tendría que volver solamente después de muchos años. No pudiendo ser filósofa en la Pièce, por la falta de esa ciudad, María Zambrano se fue más allá de la filosofía. Quien eche un simple vistazo a los esquemas –a veces dibujos o apuntes– de esta temporada, se da cuenta de que su escritura es simplemente la huella exterior, aunque marcada con el fuego de la «zarza ardiente», de una experiencia mística profunda y por esto no totalmente comunicable. Algo que ya no correspondía a la exigencia de claridad orteguiana que había marcado sus etapas precedentes. Si la ciudad desaparece, como ocurría a los místicos en Castilla o en la Mancha a los Quijotes, queda un espacio infinito de cielo en el cual pueden pasar muchas cosas. Las circunstancias quedan sólo para ser superadas y ese salto, o ese vuelo, parecido a aquél de los *Uccellacci e uccellini* de su admirado Pasolini, es la única manera de corresponder a cualquier pregunta que ya no se dice, sino que se padece como un estigma inexpressable.

Según Zambrano, Croce y Ortega llegaron hasta el «borde» mismo de la tradición occidental. Como Marco Aurelio, para el cual «Nunca el sabio es un hombre privado», volcaron sobre la ciudad su múltiple acción. Y también el pensamiento del primer Ortega se manifiesta en Zambrano como acción dirigida a abrir el espacio de una nueva libertad. Recorriendo el camino del maestro, Zambrano lo ilustra a partir del conocido propósito de «salvar las circunstancias», de encontrar «el *logos* del Manzanares», aquel *logos* que, como ella escribía también en otros lugares, circula por todas partes. La filosofía es transformación, en el sentido nietzschiano, una transformación que revela la vida

Croce y Ortega
llegaron hasta el
«borde» mismo
de la tradición oc-
cidental.

en su condición mediadora. La centralidad de la vida en el pensamiento de Ortega, y de la vida como libertad, fundadora de la persona humana, es el resultado de una intuición que tiene una originalidad propia y precede a su conocimiento de Dilthey, a cuyo pensamiento, por supuesto, el concepto de razón vital le aproximaba.

La insuficiencia de lo humano, de lo humano como algo incompleto que debe alcanzar su cumplimiento, es tema propio de Ortega, del cual la Zambrano hará un pilar para partir en búsqueda, en un primer momento, de su realización política y, luego, «después de entonces», o sea después de su alejamiento de la política activa, de su revelación. Para Ortega no debe lo divino revelar lo humano, sino la vida misma. De su propio carecer, de su propio «naufragio», el hombre extrae la razón que lo lleva a la búsqueda de sí, en respuesta y en relación con sus circunstancias, actualizándolas y trascendiéndolas. La laicidad filosófica de Ortega, que es rasgo común con Croce, ya está lejos de la perspectiva espiritual de la Zambrano de *La Pièce*, pero queda como motivo de constante admiración, ya que la laicidad es para el pensamiento un acto de libertad y de universalidad que no excluye la posibilidad de una fe.

Vuelto a la patria después de los años de formación en Marburgo, Ortega se encuentra con una España que reclama su presencia, y en ella despliega su naturaleza de fundador. También en él se cumpliría aquel proceso de afinamiento que lo conducirá al punto de equilibrio entre soledad y dimensión pública que es indispensable al acto de filosofar y que abre el pensamiento a la ciudad. También en ese caso filosofar es estar presente delante de la ciudad. ¿En qué medida?

Según Zambrano, la «meditación» orteguiana significó sentir constantemente el pulso de Madrid y de España creando su sustancia a partir del pensamiento, de la visión creativa que construye la idea de una nación a partir de unos elementos germinales-aurorales («una piedra, El Escorial, y un libro, el Quijote»). Respecto a Unamuno, Ortega intuye que se tiene que dar sustancia a la pasión voluntarista de la generación del 98, y que para eso era necesario no tanto impasibilidad, cuanto «impavidez». Y esta impavidez, escribe Zambrano, la llevó a confrontarse con la España de la lucha republicana –de la que Ortega habría podido constituir casi naturalmente el centro y el polo, como Croce en la Italia antifascista– para una acción renovadora, vivificante, no revolucionaria. ¿Tuvo Ortega impavidez?, podríamos preguntarnos. La tuvo sin duda la «Generación del Toro» que bajo su palabra había crecido hasta demostrar la independencia de saltar la barrera y «dar la cara» al peligro, aunque fuera en una batalla que ya se sabía perdida.

El tiempo y la luz constituyen para Zambrano la condición de cualquier creación, y Ortega encontró, según ella, en su propia sustancia moral el tiempo central de la libertad en ejercicio, el tiempo que es a su vez espacio abierto para la circulación del pensamiento, en el cual pueden surgir entusiasmo e inspiración. Y meditar para Ortega era circular, un acto físico, un caminar, no sólo metafórico, por la ciudad, entre la gente, a fin de penetrar en la mente de los españoles para librarlos de sus obsesiones, de su inmovilismo, ejerciendo su magisterio tanto ante uno como ante muchos discípulos, con la misma seriedad, como si en el aula le esperaran las doce tribus de Israel. Para él también la ciudad fue la esposa, y su fin era introducir diafanidad y justicia no en una ciudad ideal, sino en la real que las circunstancias le proponían. De allí nace su crítica a la utopía. Y quizá, luego, su soledad y su resignación.

Zambrano subraya la destacable actividad de Ortega como fundador, convirtiéndose él en el centro de una importante acción renovadora, sobre todo a través de la comunicación periodística de su pensamiento. Raramente un filósofo despertó la atención de la gente sin necesitar ninguna modificación de su lenguaje: el imperativo de la claridad fue para él un absoluto. El pensamiento que en Occidente va en busca siempre de una encarnación, para Zambrano encontró en Ortega un cauce diáfano, que sólo contrastaba con la opacidad de las masas que veía al horizonte de la historia ya antes de su aparición. En *La rebelión de las masas*, Ortega vio, más que intuyó, la presencia de las masas y desarrolló el análisis del hombre-masa, reducido a cantidad y extensión,

que será objeto de reflexiones desde otro punto de referencia fundamental de María Zambrano que ella aquí cita, el Renée Guénon de *Le règne de la quantité et les signes des temps* (1945).

La realidad es resistencia, sólo el hombre puede expresar en ella libertad y acción creativa. Ante la resistencia de las masas, y de su naturaleza resentida, Ortega propuso, más que la revolución, la idea de la razón vital como instrumento, como «red», como redil en el que entren todas las ovejas, en la que ninguna vaya perdida, en un proyecto de inclusión que parece chocar con su originario elitismo y que quizá tenga un sentido más teórico que político. La idea de la vida se afirma en Ortega a través de la crítica a la filosofía contemplativa de matriz aristotélica y a las nociones tradicionales de ésta. Más se mostraba la razón vital, más crecía en Ortega la necesidad de «desmontar» elementos de la filosofía tradicional, mientras que sus discípulos se interrogaban si éstos no constituirían simplemente las huellas, el espejo, de una manifestación de lo humano todavía por llegar. Reforma, no revolución; o sea, misión pedagógica a la que tenían que contribuir sus mejores discípulos, Zambrano en primera fila, hasta decidir saltar la barrera en el momento en que la historia llamó al sacrificio.

En el último Ortega, en el Ortega que vive la irrupción de la guerra civil, María Zambrano ve la encrucijada de dos modos del vivir filosófico: el peregrino, *en quête* de una revelación, y el filósofo, en indisoluble síntesis con la ciudad. Y aquí aparece un recuerdo crociano:

Elena Croce nos dice en sus «Recuerdos familiares» que su padre no hubiera cambiado el diario paseo por las calles de Nápoles por todo el oro del mundo. Ortega de otro modo paseaba por los más entrañables barrios de Madrid, auscultando la ciudad y el ritmo de las gentes y se preciaba de su olfato de perro pachón, ése que –decimos– le avisó de la aparición de las masas cuando allí en Madrid y en España toda, masas no había. Porque la ciudad así vivida es además de ser ella misma, el lugar tal vez único, desde donde se percibe el universo (M-270, *Ortega y Croce*).

A pesar de estar unos años en exilio, Ortega –nos dice Zambrano– nunca se convirtió en exiliado, porque siempre mantuvo su vínculo con la ciudad, cuya desaparición hubiera significado el final de su filosofía. Él, que había participado en las Cortes Constituyentes de la República, con cierta ingenuidad y desinterés, indicando desde aquella posición el valor moral de la generosidad, se alejó antes que el antiliberalismo hiciera su ingreso: ya que, como Croce, él fue siempre *sustancialmente* liberal. Y si de alguna manera Ortega y Gasset pareció resignarse a la llegada de un imperio, fue quizá –afirma siempre Zambrano– con la ingenua resignación de un Séneca que veía en esto la última posibilidad de servir a la ciudad, porque «Don José» no podía vivir sin entregarse. El hallazgo de Jesús Moreno Sanz de «triplicar» la figura de Ortega en su helenístico y polifacético *Encuentro sin fin* (1996), corresponde a un uso real de María Zambrano que encuentra aquí, como en otros pasajes de la misma época, su confirmación.

Zambrano cierra su retrato del maestro con un «sueño», es decir, la narración de un momento, no importa si histórico o fantástico, pero para ella absolutamente real, que resumiría toda la vida y la acción intelectual de Ortega. La recuperación de la dimensión de los sueños en la realidad es el tema de la reflexión zambraniana que confluirá en *Los sueños y el tiempo*. A la multiplicidad de los niveles temporales corresponde la complejidad de los niveles de realidad en un sentido no ya psicológico, sino metafísico. El sueño es narrado diferentemente en las dos copias en las que está conservado su esbozo; la segunda versión es la más elocuente (cabe la hipótesis de que esta segunda versión sea la última, basándonos en que aparece añadida la firma de Zambrano. Las dos versiones difieren esencialmente por su conclusión). El pasaje es asimilable al *incipit* del artículo sobre Croce: la función del filósofo es describir el ámbito de un horizonte de libertad allá donde la crisis deposita su oscuridad. Zambrano es consciente de la coincidencia entre filosofía y visibilidad. En este sentido, el trabajo del filósofo es un acto de transformación alquímica. Recordando cómo en mayo de 1936 Ortega invitó un muy reducido grupo de discípulos a dar un paseo en automóvil por las afueras de Madrid, por parameras y roquedales, metáfora de otro desierto que se preparaba, María Zambrano muestra a Ortega

que, sin ceder a la desesperación, recorría aquellas zonas transformando con su mirada el desierto en horizonte, como es propio de la filosofía; y golpeando algunas veces la roca con el bastón, como Moisés, casi como si quisiese hacer brotar agua, dijo: «Lo que el español necesita, lo que España necesita es una conversión», mostrando a la vez no sólo la necesidad de hacer fluida la historia, en contra de cualquier inmovilismo, sino también la necesidad de despertar su sustancia ética.

Montando y desmontando el díptico

El artículo de 1967 y el esbozo de 1970 podrían formar un díptico completo, ya que se reenvían el uno al otro, por la afinidad de las temáticas, de los símbolos y del lenguaje, como dos retratos pintados con la misma paleta. En cierta medida se puede decir, sin abusos psicoanalíticos, que la figura de Croce, su íntegra coherencia, lleva a Zambrano a encontrar en él una fidelidad que en Ortega había visto vacilar más trágicamente. En 1967 Zambrano había leído a Croce orteguianamente, colocándolo en relación con sus circunstancias, y luego reflejó esa imagen sobre su propio maestro. Croce tenía que ser a Nápoles como Ortega a Madrid; o mejor dicho, Croce a Italia como Ortega a España. Los dos respondiendo a las circunstancias de su época diciendo la misma palabra: libertad.

Para aparentar dos realidades individuales, siempre, por supuesto, hay que hacer algún arreglo, ya que la individualidad —y más la filosófica— representa lo original por excelencia. El sufrimiento vibrante expresado por la misma Zambrano en sus tres cartas a Ortega en los años de la lucha republicana (editadas por M. Mora en la *Revista de Occidente*, número 120, mayo de 1991) con el intento de convencerle a «dar la cara» resulta completamente filtrado, diluido, a la luz de un más maduro juicio que obliga a releer todo bajo el nuevo rayo que la dinámica de la luz y del tiempo proyecta sobre su «figura», eliminando las sombras de una difícil relación (véase el estudio introductorio de J. Moreno Sanz al libro de M. Zambrano *Horizonte del liberalismo*, 1996, pp. 115-148). El juicio espiritual trasciende al juicio histórico. No es revisionismo histórico, sino algo que Zambrano llamaría, y llamó, *razón misericordiosa*. Es decir, una razón para la que ya se acabó la lucha, por lo menos, en ese caso, por la desaparición de un contendiente. Y es sabido que después de una muerte, se juzga de otra manera. La misma Zambrano había escrito en *La agonía de Europa* que en la conmemoración lo que del fallecido sobrevive es ya otra cosa: queda lo que de él sobrevive en nosotros, lo que ha quedado dentro, lo que se tiene en común. Y lo que había quedado literalmente dentro de ella eran las clases de filosofía de su maestro, cuyos apuntes había dejado encima de una mesa en su casa de Barcelona en el momento de dejar la ciudad para pasar la frontera. No hay otro Ortega para ella que no sea aquel profesor de los años 20, cuyas palabras ella tuvo que recuperar en su recuerdo.

Ortega se transforma en una figura, en un ideal (quizás no realizado), que le parece podría o habría podido corresponder al mismo *imán* o al mismo «ángel» que Croce, o sea, a la misma finalidad histórica y filosófica. No servía su díptico para emitir juicios, sino para superar cualquier tipo de juicio. Los dípticos son obras de arte para las iglesias, o para los museos, sirven para rezar o para quedar en silencio ante su hermosura, no para adornar tribunales ni salas inquisitoriales.

No es esto el lugar para recurrir el debate sobre la relación histórica entre Ortega y Croce, los puntos comunes en sus filosofías, sus reales distancias y diferentes posturas en relación a la política y al totalitarismo. En pocas líneas Zambrano traza, o mejor aún, omite, la que fue la prueba más grande con la que el filósofo de las circunstancias tuvo que enfrentarse, su difícil y tan discutida convivencia con el franquismo. Escribe María Zambrano:

Muy enfermo Ortega salió de Madrid a mediados de agosto. Había estado en buena salud hasta aquellas fechas. París, Buenos Aires, Lisboa, fueron los lugares de su exilio. Antes de acabar el decenio volvió a vivir a Madrid. No se incorporó a la enseñanza oficial —su cátedra de Metafísica bajo otro título estaba ocupada—. Fundó enseguida el Instituto de Humanidades. Salió en diferentes ocasiones por breve tiempo a Alemania y a Estados Unidos con ocasión del centenario de Goethe. Murió en Madrid a poco de regresar de Múnich en octubre de 1955. [...] Unos jóvenes destacados, pero cuyo nombre no tengo manera

de acordar, convocaron a la juventud universitaria a que fuesen al cementerio a rendir homenaje al recién ido maestro; repartieron por Madrid una esquela mortuoria hecha por ellos que decía simplemente: «Ha muerto José Ortega y Gasset, Profesor Liberal» (M-270, *Ortega y Croce*).

Refiriéndose a estos jóvenes que no eran otros que los del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que Franco prohibió en 1955, María Zambrano, aunque desde lejos, se asimila a la nueva generación que tenía que cumplir la inacabada aurora de su «tiempo feliz», de su sueño republicano.

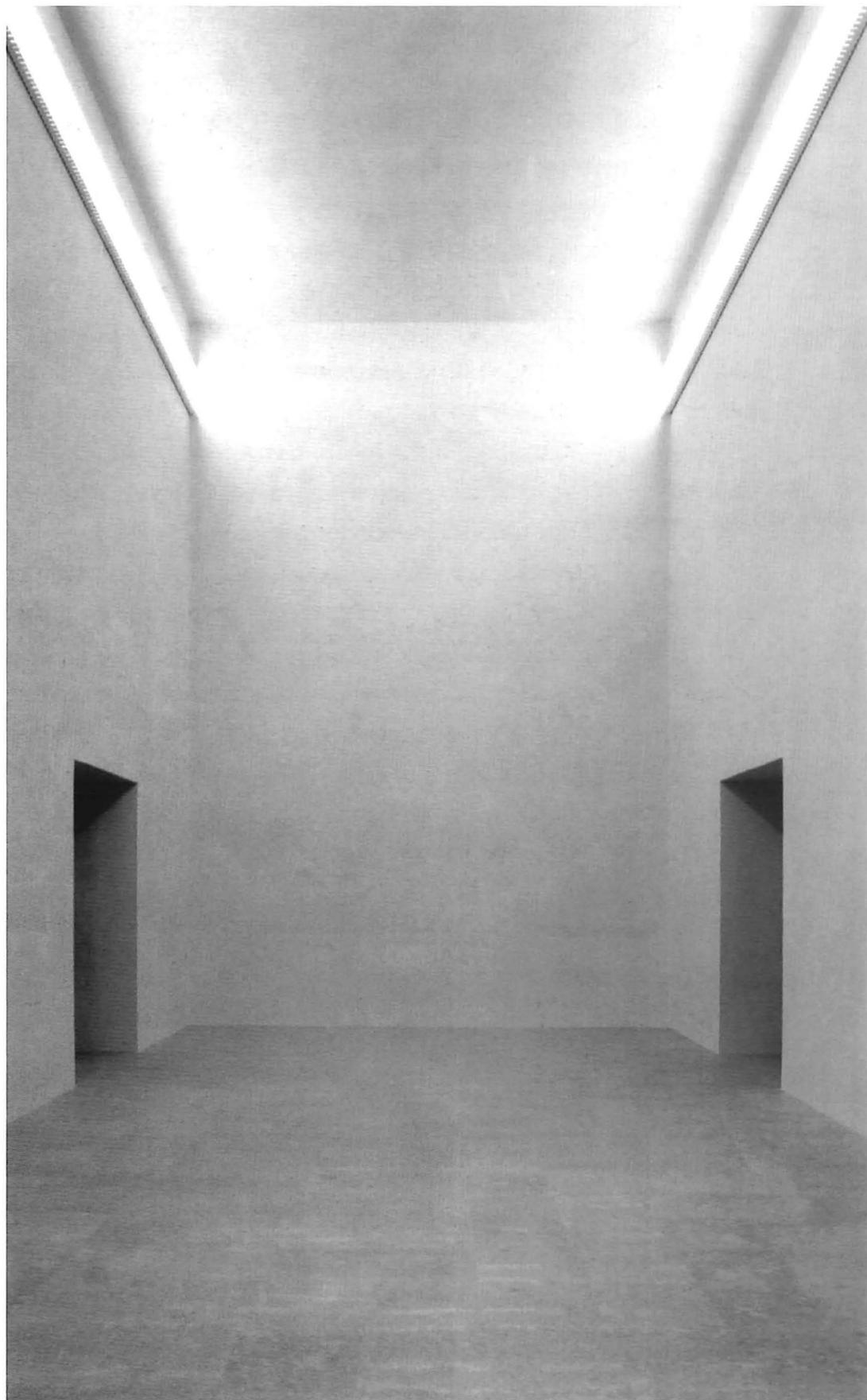
Es un momento de fuerte coincidencia ideal en el cual María Zambrano se da cuenta que para los que fueron «los niños de la guerra» (los que ella había cuidado en Valencia cuando trabajó como consejero nacional de la Infancia Evacuada) Ortega, Unamuno y Machado siguen siendo puntos de referencia y maestros de capacidad crítica, a pesar de su distinto, e igualmente trágico, camino y destino: inspiradores, a pesar de todo, de frescura mental, de libertad y generosidad.

En los años en que Zambrano escribe su esbozo sobre Ortega y Croce, se desarrolla su correspondencia con Agustín Andreu y en su obra toma forma definitiva, aunque abierta, el ápice de su reflexión sobre la revelación del hombre a través de las etapas de las religiones y de la filosofía en el camino de la historia. Mientras que, bajo el *imán* de Corbin y Massignon, y también por su profundo conocimiento de la mística y de la patrística, Zambrano recupera el «*logos* alejandrino» y la idea de su circulación, lo que permanece de Croce en ella es sobre todo la intuición de la circularidad del espíritu (el crociano «nexo de los distintos»), un *espíritu* al cual ella restituye el carácter teológico que la laicidad tanto de Croce como de Ortega no hubiera acogido.

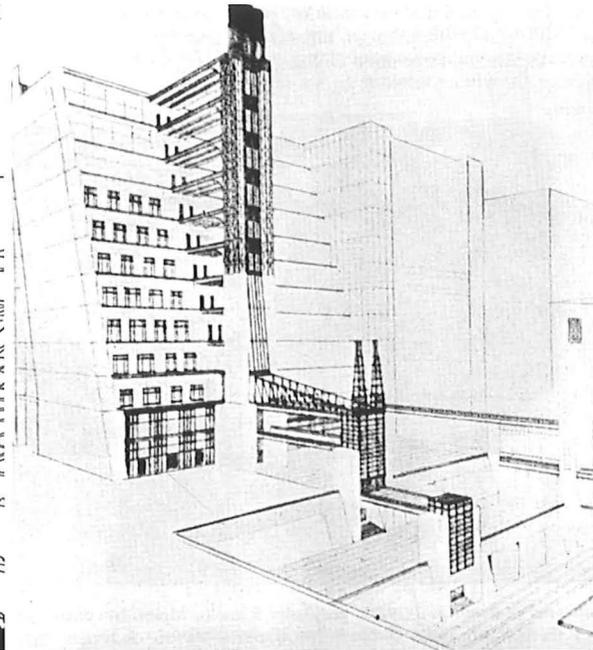
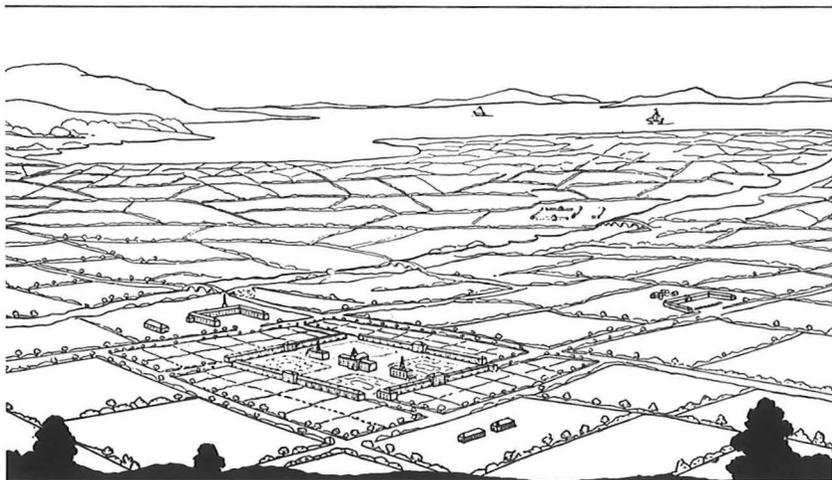
El *espíritu* que circula por todas partes y que expresa la presencia de lo divino en lo humano después de la desaparición física de Cristo, está en cada lugar donde se encuentre lo humano, y por esto funda la individualidad personal. Ya Machado había dicho que el espíritu está «entre nosotros», dentro de la humana convivencia. En Zambrano, según Andreu, la característica dominante será un quietismo a lo Molinos de tipo machadiano. Sin embargo, en Zambrano el padecer se revela como la forma máxima de actividad, cuyo lema será su muy repetido «ecce ancilla domini».

La revelación de lo humano, que en Ortega se da a través de la vida y de la convivencia y en Croce a través de la historia y de la conciencia libre, en la última María Zambrano se dará en un saber revelador en el Espíritu Santo, leído a la luz de una múltiple tradición en la que ellos también cabrán. Una nota manuscrita titulada *La razón que se busca (a propósito de la Razón Vital)* del 5 de octubre de 1970 nos proporciona una luz respecto a la idea de Zambrano sobre la filosofía de Ortega como nueva etapa de la revelación de lo humano. Libremente ella se servirá de todos sus maestros para hacer reaccionar símbolos y categorías, metáforas y elementos metodológicos en la elaboración de este saber. No es casual, y es digno de mención, el hecho de que en unos cuantos esquemas de la misma temporada María Zambrano ponga juntos a Ortega y a Croce como signo, con sus distintas filosofías, de una importante etapa de la revelación de lo humano, después del gran capítulo representado por Hegel: la etapa de la libertad personal. A Ortega y a Croce María Zambrano les reconoce el título de «fundadores». Fundadores de modalidades de confrontarse con las circunstancias de su tiempo, en diálogo con la ciudad del hombre que no existe, pero que el filósofo, sin embargo, ve aún entre ruinas. Inspiradores, quizá, los dos, sin saberlo, de una filosofía, o de algo que está más allá de la filosofía misma, el saber histórico-revelador de la última María Zambrano. Lo que significa, dicho de forma un poco brutal, que María Zambrano hizo al final, con Ortega y Croce, lo que le daba la gana. Y los destiló y transformó en *figuras* de su pensamiento.

Para concluir, falta decir sólo una cosa, que ya se ha dicho, pero que quizá es menester subrayar y sobre la que se puede reflexionar, y es el hecho de que, por suerte o por desgracia, María Zambrano nunca montó ese dístico. Quizá ella misma se dió cuenta del límite que siempre hay en cada intento comparativo o, simplemente, siguió confrontando alguna vez más las dos «figuras» interrogándose, como a veces pasaba, entre el humo de su boquilla a lo Dietrich, sobre la contradicción entre el ser y sus posibilidades, y las auroras incumplidas de algo con lo que aún podía solamente soñar.



2



3/4/5

- 1/ Robert Owen:
Proyecto para una aldea cooperativa
(1816)
- 2/ Antonio Sant'Elia:
Città nuova (1914)
- 3/ Betty Rea:
Two Girls in a Wind (1956-1957)
- 4/ Victor Considerant:
Proyecto para una falange fuerista
(1848)
- 5/ Lyonel Feininger:
Catedral del Socialismo (1919)
- 6/ Chambellan:
Boceto de la Nueva ciudad de los
Sansimonianos (1827-1837)



6

